

sentir de manera notable, pues el clero de Zacatecas abandonó en mucha parte dicho Estado, antes de incurrir en las penas y censuras impuestas por el diocesano, calmóse un tanto la tempestad, y con ligeras peripecias, los asuntos religiosos volvieron á tomar su curso ordinario en aquella demarcación.

## CAPITULO XVI.

El Coronel Méndez.—Su marcha á Veracruz.—Su regreso á la Sierra Norte del Estado de Puebla.—Elementos de guerra que obtuvo del Supremo Gobierno constitucional.—Marcha á Zacatlán.—Vuelve á hacerse cargo de la Prefectura de este Departamento.—Organización de fuerzas.—Invasión de Zacatlán por tropas reaccionarias.—El cabecilla Gutiérrez, Jefe de ellas.—Conducta criminal que observó.—Llegada de Oronoz á Zacatlán.—Recíbese del mando, como Gobernador del nuevo Departamento.—Retorno de Gutiérrez y sus hordas á Tulancingo.—Batalla de Tlatempa.—Sale herido Oronoz.—Retirada de éste.—Abandono de Zacatlán.—Es reocupado por los liberales, y ocupado en seguida por el jefe reaccionario Díaz de la Vega.—Conducta buena que observó éste.—Su marcha rápida hacia Puebla.—El Distrito de Tepexi.—Acción terrible de Coayuca.—Muerte del valiente jefe liberal D. Prudencio Rodríguez.—Sustitúyese en el mando el Coronel Ramos.—Notable episodio de éste.

Después de la toma de Zacapoaxtla, suceso que dejamos consignado al final del capítulo XIII, el Coronel Don Juan Nepomuceno Méndez, que descollaba ya en primer término entre las filas liberales del rumbo de Oriente, por su valor y pericia, no menos que por su celo ardiente y consagración asidua á la causa liberal, marchó á Veracruz al desempeño de una comisión del servicio.<sup>1</sup>

Fué recibido perfectamente por el ilustre Juárez, justo apreciador de los méritos y virtudes de tan distinguido ciudadano, el cual, por medio de la poderosa influencia que ejercía en el Gobierno constitucionalista el insigne Ocampo, obtuvo valiosos y oportunos elementos de combate con los cuales volvió á la Sierra, dispuesto á continuar la lucha contra la facción tacubayista.

<sup>1</sup> A su llegada á la H. Ciudad, Miramón le ponía el primer sitio, y entonces, mandando los restos de las fuerzas de Puebla que habían quedado de guarnición allí, tuvo la gloria de asistir á la defensa de la plaza, encomendándosele un puesto importante.

En tal virtud, desde Zacapoaxtla dirigió al Ministro de la Guerra, la siguiente nota:

“Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra y Marina.—Ejército Federal.—Brigada Alatraste.—Comandancia principal de Zacapoaxtla.—Exmo. Señor:—En mi estada en esa ciudad, me fueron entregados los mil doce fusiles de que me habla V. E. en su comunicación oficial, fecha 26 del pasado Abril.

“Recibí también del Sr. General en Jefe de las fuerzas de ese Estado, 40 cajones de parque de fusil de percusión y 36 planchas de plomo.

“Conduciendo esos elementos de guerra, he llegado ayer á esta Villa, y desde luego me ocupo de arreglar cuantas providencias creo convenientes, á fin de corresponder dignamente, hasta donde me sea posible, á la ilimitada confianza con que se ha dignado distinguirme el Excelentísimo Sr. Presidente constitucional de la República.

“Todos mis afanes han sido siempre contribuir de alguna manera al restablecimiento del orden legal; pero con los elementos de guerra que V. E. ha mandado poner á mi disposición, me dedicaré más particularmente, por ahora, á conservar esta importante línea de la Sierra, contando para ello con el buen sentido de los pueblos, y estar prevenido para hacer más fructuosos, cuando fuere necesario, los servicios de las fuerzas que se organicen.

“Suplico á V. E. se digne poner en conocimiento del Exmo. Señor Presidente todo lo expuesto, y admitir para sí las protestas de mi aprecio y atenta consideración.

“Dios y Libertad. Zacapoaxtla, 14 de Mayo de 1859.—Firmado.—*Juan N. Méndez*.—Exmo. Sr. Ministro de Guerra y Marina.—Veracruz.”

De Zacapoaxtla salió para Zacatlán á continuar desempeñando el importante puesto de Prefecto que tenía á su cargo, desde Agosto del año anterior, llevando consigo armas y parque, y una Compañía del batallón de Zacatlán, que mandada por el ameritado Capitán ciudadano Agustín Cano, se había quedado en Veracruz, desde la pérdida de Orizaba en Abril de 1858, y daba guarnición en la fortaleza de San Juan de Ulúa.

Su arribo á una población esencialmente democrática, fué celebrado con señaladas muestras de regocijo; y el Sr. Méndez que abundaba

en ideas patrióticas, secundado eficazmente por entusiastas y abnegados colaboradores, empezó desde luego su grandiosa obra de propaganda, organizando fuerzas y dictando las más acertadas medidas á fin de combatir con buen éxito al poder reaccionario, que se ostentaba orgulloso en una buena parte del país.

El batallón Guardia Nacional de la Cabecera, sufría una prodigiosa transformación.

Aleccionado é instruído diariamente en las complicadas y difíciles maniobras de la táctica militar moderna, por el inteligente y punzonoso Mayor del cuerpo, ciudadano Juan Ramírez, que después ocupó puestos importantes, y que se cubrió de gloria en la defensa memorable de Santa Inés contra el Ejército invasor, que sitiaba la ciudad de Puebla, en Abril de 63; con la cooperación, repetimos, de tan distinguido Jefe, el batallón referido llegó á un grado tal de perfeccionamiento en su organización y disciplina, que podría rivalizar con los mejores del ejército llamado permanente.

Además, el Sr. Méndez contaba con los servicios del ameritado liberal, Coronel Ramón Márquez Galindo, con los del de igual clase, el bizarro ciudadano Dimas López, y en suma, con los de una juventud impetuosa y decidida por la causa del pueblo.

Zacatlán había llegado á ser el Cuartel General de los liberales del rumbo, hallándose entre éstos el distinguido constituyente, ciudadano Manuel Fernando Soto, honra y orgullo de su Estado natal (Hidalgo); por lo tanto, una población en la que abundaban tantos elementos de combate, no podía pasar inadvertida para el poder conservador, temeroso de que aquel incendio se propagara rápidamente, ó más bien, que llegara á tomar una alarmante intensidad.

Por tal motivo, se dieron las órdenes para la invasión de dicha ciudad, tocando realizarla al cabecilla reaccionario Gutiérrez, que con el título de General tenía el mando de la vecina población de Tulancingo.

En efecto, la mañana del 30 de Junio de 59, dejóse ver por el paraje llamado “Barranquilla de Granada,” al Occidente de la ciudad, una numerosa fuerza de infantería y caballería que descendía por la vertiente de la explanada, y cuyo número no bajaba de mil hombres.

No contando con elementos suficientes para la resistencia, el Coro-

nel Méndez, Jefe de la plaza, creyó oportuno evacuarla, lo que se verificó á la vista del enemigo, por medio de una retirada tan imponente, ordenada y marcial, que paralizó el ímpetu de éste, sin que recogiera como fruto ni el más insignificante trofeo.

A la sazón, el aspecto que ofrecía la ciudad y sus alrededores, era muy digno de llamar la atención.

Sabedor el vecindario de que entre las turbas invasoras venía la fuerza de Chignahuapan, que tanto se distinguía por sus instintos salvajes, y á la que animaba un odio feroz contra los zacatecos, resolvió huir en masa, dejando abandonados sus intereses á la rapacidad de los asaltantes.<sup>1</sup>

Los caminos y veredas opuestos á los que traía el enemigo, se veían cubiertos por una numerosa muchedumbre que á pie, á caballo ó en carruaje, y haciendo uso de todos los medios de locomoción practicables, corría despavorida en dirección á las barrancas, á las montañas y á las cavernas, buscando un asilo donde refugiarse y poner á salvo la vida de seres queridos que marchaban rendidos de cansancio, acosados por el hambre y en medio del espanto y la desolación.

Ocupada la ciudad, el saqueo, el robo, el incendio y el asesinato, se hicieron generales: no hubo casa ó establecimiento comercial de alguna importancia que se hubiera escapado de tan inicuas depredaciones: la morada de la familia Márquez Galindo, sita en una de las principales avenidas, y en la que había establecidos una Farmacia y un excelente expendio de libros, fué saqueada en su totalidad, y no contentos los invasores con apropiarse cuantos objetos portátiles estaban á su alcance, trataron primero de demolerla, y después, de incendiarla, haciendo para el efecto una hoguera en el patio con los muebles y ropas encontrados en la casa, y con las materias inflamables que existían en la bodega de la botica.

Lo que no podía llevarse, era destruído sin piedad, en medio de las risas y juramentos de aquella chusma desenfrenada, que ávida de sangre y ebria de gozo por su *descomun* victoria contra una sociedad inerme, ejerció venganzas gratuitas y cometió crímenes que dan una idea demasiado triste, de los sentimientos de que se halla-

<sup>1</sup> "Nada hay tan terrible como el pueblo que nada tiene que perder, y pelea al mismo tiempo por la codicia de la rapina y por el fanatismo de la religión."—Voltaire.—Dic. Fil.—Art. Mahoma.

ban poseídos aquellos energúmenos, *defensores incondicionales de las garantías y de la Santa Religión.*

Narrar estos atentados con todos sus pormenores, sería una empresa ardua que no nos atrevemos á realizar; por lo tanto, sólo referiremos dos episodios de ese sangriento drama que nos hace retroceder á la barbarie, y que entre otros de su clase fueron los que más llamaron la atención.

En los momentos en que la ciudad era invadida, D. Ricardo Santos, Maestro de Coro del Templo Parroquial de la localidad, persona pacífica, que jamás tomó participación en nuestras discordias civiles, quizá alentado por esta circunstancia que debería haberlo escudado, poniéndolo á cubierto de cualesquiera violencias, se retiraba para su casa, sita en uno de los barrios más cercanos al centro de la población, después de cumplir sus funciones religiosas.

Alcanzado por un grupo de aquellos foragidos, fué asesinado en una de las calles principales, sin que hubiera sido motivo para impedir la consumación de aquel hecho criminoso, las protestas de inocencia hechas en tono suplicante y conmovedor por la víctima, que fué, además, despojada de sus más valiosas prendas de ropa, y que recibió la muerte con estoica resignación.

En una de las calles céntricas vivía D. Eugenio Castillo, persona humilde, ajena á la política, y que había consagrado su existencia á las atenciones y cuidados de su familia: enfermo desde hacía tiempo, no pudo ponerse en salvo con ésta, que se quedó cuidándolo en su lecho de agonía, el cual, de súbito, vióse rodeado por un grupo de invasores que asaltaron la casa.

Aunque Castillo, siendo pobre nada tenía que le robaran, la presencia de dos hijas suyas que lo acompañaban, excitó la lascivia de aquellos hombres brutales que trataron de arrebatárselas llevándose las consigo.

El infeliz padre, haciendo los últimos esfuerzos, pugnó por defender aquellos tesoros de su honra y de su acendrado cariño, y en la lucha desigual, pero desesperada que emprendió, quedó muerto, y cubierto de heridas su cadáver sobre el que derramaban después copiosas lágrimas sus atribulados deudos.

Aquella horrorosa bacanal duró tres días, espacio de tiempo que pareció un siglo á los infelices que tuvieron la desgracia de sopor-

tarla, al cabo de los cuales, llegó á la ciudad infortunada, procedente de Puebla y al frente de una Brigada de las tres armas, el General D. Carlos Oronoz, nombrado Gobernador por Miramón, del nuevo Departamento de Zacatlán.

El desalmado Gutiérrez regresó con sus hordas á su madriguera de Tulancingo, temeroso de que esta población fuera atacada en su ausencia, por el terrible Carbajal; y el nuevo gobernante, previa la toma de posesión, según las ritualidades de estilo, se ocupó desde luego en el gravísimo asunto de la pacificación, comenzando por el nombramiento de autoridades.

Las fuerzas liberales, en número de 300 ciudadanos, se habían retirado al punto de Nepopualco, á unas tres leguas al Oriente de la población: allí acudieron en su auxilio cosa de cien hombres de Tetela, á las órdenes del oficial D. José María Huidobro, y la Compañía de Nacionales de Ahuacatlán, fuerte de unos cuarenta milicianos, mandados por su antiguo y valiente Capitán ciudadano Ignacio Sosa.

Se ha dicho por personas veraces, dignas de entero crédito, y conocedoras de los hechos, que Oronoz fraguó una superchería, ó sea *ardid* de guerra, que le dió el resultado, impidiendo su completa derrota, y fué el siguiente:

Carbajal se hallaba con sus fuerzas, en número de mil hombres, casi todos de excelente caballería, en el pueblo de San Juan de los Llanos; y sabedor de la toma de Zacatlán, se dirigió violentamente á esta población, para atacar por retaguardia á las tropas reaccionarias: hallándose á unas cuantas leguas de ella, recibió una nota supuesta, en la que el Sr. Méndez le prevenía se retirara del campo de acción, á la vez que este Jefe se enteraba de otra del referido Carbajal, también apócrifa, en la que aseguraba que atacaría á Oronoz, y lo invitaba de una manera formal para que concurriera con sus fuerzas por el extremo opuesto, debiendo hallarse, en virtud de esta combinación, á las nueve de la mañana del martes 5 de Julio, en la meseta del barrio de Tlatempa.

La estratagema surtió su efecto, pues Carbajal llevaba ya algunas horas de emprender su retirada, cuando el Coronel Méndez llegaba con sus tropas al sitio designado.

Esto esperaba Oronoz, pues dispuesto para la *sagaz* peripecia que

había maquinado, alistó sus tropas consistentes en más de mil hombres de las tres armas, y se lanzó en el acto sobre sus contrarios en fuertes columnas que llegaban al lugar del combate, unas por el camino nacional ancho y expedito, y otras, ocultas por entre los sembrados de maíz tan abundantes por la Estación.

Las fuerzas constitucionalistas las esperaban arma al brazo, serenas y confiadas: una larga y bien dispuesta línea de tiradores se extendía á su frente, y á la retaguardia y á los flancos, el resto organizado y dispuesto convenientemente.

En el campo liberal reinaba la animación y el entusiasmo. Méndez lo recorría á caballo, arengando á sus soldados, quienes, al verlo y oírlo, prorrumpían en atronadores vivas á la libertad, al Gobierno constitucional y á Zacatlán.

El fuego se rompió por ambas partes, atacando con vigor los invasores, que fueron repelidos en todas partes: diversas cargas dieron con vario suceso, haciendo uso de su numerosa y aguerrida caballería, que aunque en terreno propicio para poder maniobrar, fué rechazada lo mismo que la infantería, hasta que, después de cinco horas de combate, puestas en línea sus piezas de artillería y abrumados por el número, los constitucionalistas se retiraron en buen orden hacia el punto de partida, sin ser molestados ni perseguidos en su marcha retrógrada.

Oronoz se retiró herido y altamente contrariado, pues su *ardid* no había sido bastante para llenar sus aspiraciones, en razón de que, aunque dueño del campo de batalla, tuvo que abandonarlo en presencia de un enemigo potente y que se retiraba amenazante, en posesión de sus elementos de guerra, y sobre todo, sin que su moral hubiera sufrido en lo más mínimo.

La tropa reaccionaria retornó en desorden á la plaza, y no considerándose en ella segura, emprendió la marcha hacia Puebla, pero con tal precipitación, que no tuvo tiempo ni para recoger sus muertos y sus heridos, que quedaron abandonados.

La fuerza liberal tuvo varios de unos y otros; entre los primeros se hallaron, el anciano D. Ignacio Díaz, el cabo Escalona y algunos individuos de tropa; y entre los segundos, y gravemente, el bravo Comandante de caballería Antonio Galeote: levantó, puede decirse, el campo, y volvió triunfante á la ciudad, en medio de la indigna-